

si 6080

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

15

MADRE TIERRA

NÚMERO EXTRAORDINARIO



E861.4

si6080

1957

mi ltr 141248 (way)

E805
U48P
SI6080



Homenaje a la Ciudad de Cuenca en
el Cuarto Centenario de su Fundación.
Abril de mil novecientos cincuenta
y siete.

Selección y Preludio de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

2012-02-07
1.00

PRELUDIO

Como una fiesta ingenua y maravillosa de perfumes y de luz, desde la lomita mansa, la mañana desciende transparente y diáfana de visita a la ciudad... Viene con plantas de belleza pura, mejillas llenas de gracia, labios sonrientes y pupilas emocionadas de distancia... Primeramente habrá de mojar los pies en el río Tarqui, remanso de ternura, río pastoril y tranquilo, buen soñador que se tendió a descansar en medio de una paz apenas soslayada de ruidos mínimos: el mandato de los eucaliptos en la entrega de juguetería rural a los niños del campo, el manso desfilarse bíblico de la boyada hacia la linfa que se quedó dormida, el agitarse del viento en la sonata de las hojas tiernas, el ruido sin ruido de las aves que pulen a caricias de alas en agua maravillosa... Luego habrá de copiarse en las morenas aguas del Yanuncay, cuyo sólo nombre sueña ya a flauta de cañas tocada por la brisa: el espejo de aguas obscuramente diáfanos se beberá la imagen de la niña mañana, le acariciará tiernamente y le llevará en sus aguas frescas porque la víspera no más la luna se hundió en ellas... Ya en el camino hacia la ciudad de encanto, la niña se irá poniendo delantal de flores y poblando la melena de cuanto ternura en aro-

ma dice el paisaje precioso: el anís silvestre, el menu-
do canario de la retama, la fiesta violeta de la hierba-
buena, los geranios rojos como los labios de la dulce
caminante, las flores del aire que soplan las cometas
angelicales de las mariposas, el ensueño de novio au-
sente de las campánulas, las rosas blancas o rosas que
sembró la mano tranquila de don tiempo... Y así ha
de llegar, maravillosa y dulce, perfumada y dichosa,
infinitamente musical y tierna, para besar el Tome-
bamba y abrazar mansamente la ciudad... Antes de
su entrada sencillamente bella, contemplará un instan-
te la plata bruñida del Río Poeta y se llenará las pupi-
las con sus casas en descenso hacia la orilla, aspirará
emocionada el rumor de los jardines y besará cada
uno de sus simples secretos: el gladiolo que eleva su
oración a las nubes y la magnolia que es paloma dor-
mida, la rosa te que consulta itinerarios a las libélulas
y el jazmín que asciende en afán de enredarse al cielo
por el pequeño milagro de sus nubecillas recién naci-
das, la señorita hortensia con su traje de baile lleno de
adornos y las amapolas definiendo la seda de más
suave suavidad, las violetas dobles besando simple-
mente el aire y las margaritas que estrenan golas nue-
vas de colegio... Después sí, la mañana extenderá
sus brazos de deliciosa blancura y sacudirá la blonda
melena, y entrará en la ciudad perfumada de flores y
de luz...

Cuenca vive su paz provinciana al amor de esta vi-
sitante preciosa... Sus barrios se llenan de armonías
y sus casas se reparten las caricias de la luz... La luz
ha de besar todo rincón: igualmente llegará con sus
plantas desnudas y pulcras al amplio jardín de cuidada
belleza o al balcón de casa pobre donde mano tem-
blante sembró en pequeñas macetas el toronjil y la

congona, la malva olorosa y el poleo, el geranio blan-
co y la hojita de menta... La niña mañana alegrará
toda la ciudad, desde sus calles antiguas con olor a
sabroso cuento de barrio hasta el ensayo de remoza-
miento del parque central, desde las altas torres azu-
les de su Catedral hasta la tranquila fragancia donde
Miguel Moreno sigue diciendo estrofas sencillas como
las golondrinas y las estrellas...

El paisaje está intimamente unido a la ciudad y,
en verdad, no se sabe dónde termina ésta y dónde
aquel comienza... Cualquier ventana es propicia a su
contemplación apasionada, cualquier pequeña altura
descubre las lomas comarcanas que le ciñen en traje
azul... Arriba, el cielo claro como las pupilas de las
muchachas cuando reciben el primer beso, y hacia los
aledaños canto de ríos, canto de vertientes, fiesta in-
genua de ternuras que la sola palabra no alcanzará a
definir jamás...

Los Poetas cantan a la tierra, la cantan como es de
hermosa y dulce, de transparente y maravillosa...
A veces, con un hondo sentido de nostalgia, porque
nuestro paisaje pone en lo más hondo del alma sen-
timientos musicalizados de tristeza, santa tristeza que
se volvió música, que detrás de las lágrimas aprendió
a suspirar en melodía...

Cantan los Poetas... Tienen voz pulcra y suave,
sencilla y delicada, cristalina voz de río... Sus pala-
bras fueron y serán aprendidas de nuestros ríos... La
voz de los Poetas viene de sus mismas aguas y ha de
ser siempre espejo de su espejo: cielo que se va yendo
al mar...

Cantan los Poetas... Cantan el paisaje y el senti-

REMIGIO CRESPO TORAL

HUAYNACAPAC

Llega con pompa y gloria sobre litera de oro,
luce regia esmeralda y la borla imperial.
Olas cércanle humanas: de virgenes el coro,
las ñustas, los cañaris del séquito marcial.

Torna a su patria; trae para ella el gran tesoro;
fama de cien conquistas de su término austral;
de Yupanqui la maza y de Manco el decoro
son para Tomebamba, su cuna...

¡Oh inmortal
Huaynacápac el héroe más grande de los grandes,
Caudillo y rey más alto que los más altos Andes,
abres ¡ay! ruta al astro del Imperio español!...

Y con tu Hijo, en los ritos de fama imperatoria
entras al amplio estadio y al cielo de la historia,
¡Tomebamba, la amada de las hijas del Soll

LEYENDA DE HERNAN

(Fragmentos)

XX

Con las pajas y zarzas de las lomas
y ramillas de sauce florecido,
cual fabrican su nido las palomas,
tejemos el alar de nuestro nido.

En la hacienda futura,
en el verde rincón de la montaña,
aparece, perdida en la espesura,
nuestra primer cabaña.

Arrimada a una piedra,
a la sombra de un árbol centenario,
do el liquen cunde y medra,
se alza nuestro palacio solitario.

Es un templo sin cúpula ni naves,
sin puerta ni ventanas,
donde cantan las aves
nuestro ideal amor en las mañanas.

Allí las pasionarias trepadores
extienden sobre el techo sus cadenas;
y crecen zarzamoras
cerca del pradecillo de verbenas.

Pon donde, con rumores y querellas,
salta y resbala el hilo de una fuente,
dejando húmedas huellas
en la menuda grama floreciente.

Del mal cubierto techo
las avejillas ven por las rendijas,
cómo es tan pobre el candoroso lecho
de ramas y de guijas.

Y el aire trina y canta
en la hojarasca seca de la choza,
a compás del arroyo que adelanta
su corriente en las hierbas, espumosa.

Y con secas retamas
el hogar encendemos;
calor y lumbre de inocentes ramas
que a la casa traemos.

De la rústica fresa
gustamos, fruto del vergel, temprano;
y bebo el agua del jardín, represa
un instante en la cuenca de su mano.

Y al regresar a casa,
vemos en el alar pendiente un nido...
Su cara tiñe de rubor la brasa,
y aparto yo los ojos distraído...

XXI

En una umbrosa quiebra que se esconde
entre alisares, vese
un verde prado, donde
el trébol cunde y el maizal florece.

De las rendijas brota
de la vecina peña
el agua que descende gota a gota
hasta el tazón de piedra berroqueña.

Y, culebra de plata,
en el gramal después, en curso blando,
en curvas se desata,
hierba y flores golpeando.

Es el sitio do place
triscar a las ovejas de esta vega,
desde que el sol en las alturas nace,
hasta que a ocaso llega.

Somos hijos del campo, dos pastores
que guían el rebaño a la floresta,
y lo ocultan del sol a los rigores,
en la cálida siesta.

Las ovejillas pocas
y corderillos dos: el uno mío
y el otro suyo. ¡Qué caricias locas
a los dos, qué inocente vocerío!

La sal en nuestra mano
viene a buscar balando el corderillo.
De ella a los pies se duerme sobre el llano
al són de mi silvestre caramillo.

Las ovejas crecidas, desde el suelo
cual se empinan golosas de las ramas;
las pequeñas el verde terciopelo
triscando gustan de menudas gramas.

Si el recental ensaya la osadía
primera y huye, escúchase el balido
de la amorosa madre que a la cría
reclama con requiebros de gemido.

Y comparten las tímidas torcaces
el rústico banquete, ellas los granos
recogen que dejaron los rapaces
en los húmedos llanos.

Ella como doncella campesina
hila para la tela de la casa;
a la fuente por agua se encamina
y en el tranquilo hogar prende la brasa.

Somos hijos del campo y de la selva,
nacidos en la paz. Ella en la tarde,
en el hogar, cuando del campo vuelva,
con la mesa me aguarda...

Así los dos zagales,
en aquellas venturas tan sencillas,
gozamos las delicias ideales
de esos seres sin cuita y sin mancillas.

Y nos mezclamos a la paz bendita
y al simple y dulce amor de los rediles;
aprendemos el bien en la infinita
calma de aquellas horas infantiles.

Nos enseñan el campo y la floresta,
pájaros y aguas el saber que enciende
el amor que nos llena, que no cuesta,
ni por llanto se vende.

Así con el rebaño y con la niña,
acariciados por la luz y el viento,
hallamos en la paz de la campiña
la castidad feliz del sentimiento.

No quiero de la villa la opulencia,
sino el trabajo, el vigoroso empeño,
la adorada quietud de la creencia,
seguro el pan y sosegado el sueño.

Las soledades quiero:
aguas, aires y sol, todo sin tasa,
y la simplicidad, en el sincero
amor santo de Dios y de la casa.

Que la vida sencilla,
sin lucha, sin venganza y sin victoria,
es luz inmaculada, porque brilla,
lámpara del Señor, para su gloria.

XXII

Al árbol florecido
el gorrioncillo trae el copo leve
y hojas y pajas para el nido. El nido
sobre las ramas se fabrica en breve.

En los amaneceres, correteando,
vamos a ver cómo segura avanza
la fábrica sutil, el lecho blando
en que dará sus flores la esperanza.

Y a la primera frase
de ese cual germen de la edad futura
que digo yo temblando, Juana vase,
de púrpura teñida su blancura.

Y, llegando a la puerta,
por mirarme otra vez, los ojos vuelve,
y mi rubor despierta
con la luz de sus ojos que me envuelve.

Fuimos a ver el nido. Lo buscamos
a hurtadillas, sin ruido,
después de unas semanas... y encontramos
la madre y dos polluelos en el nido.

Y otras veces, sin cuita ni recefos,
con la insistencia de las madres loca,
ella llevó su pan a los polluelos
y también el almibar de su boca.

Sentimos la dulzura
de eso que sospechado se adivina,
y ella en su pecho la íntima ternura,
que es la ternura maternal divina...

XXV

Ya para la deshoja,
junto a la parva, alegre y satisfecha,
la muchedumbre a la labor se arroja:
es la labor final de la cosecha.

Entre las secas haces derramadas
deshecha la envoltura,
asoman las mazorcas argentadas,
con sus perlas de nitida blancura.

Palpitan a un compás los corazones;
fruto dieron la siembra y la desyerba;
se hacinan los montones
sobre la blanda alfombra de la hierba.

En la paja sentados
con embriaguez de aroma que enajena
de flor silvestre y grama de los prados,
nos mezclamos también a la faena.

Y emprendemos alegres la deshoja:
y es de ver a la niña idolatrada,
fresca la cara, cual manzana roja,
en el afán de todos empeñada.

Y clama ¡oh inocentes alegrías!
—Si un negro grano en tus mazorcas se halla,
serás tú vencedor; y si en las mías,
venceré yo la singular batalla.

Y en la inquietud que crece
y el febril movimiento de sus manos,
de ébano el grano súbito aparece
de su mazorca entre los blancos granos.

Y hace estallar las notas de su risa;
y a mí derrota callo;
me ciñe el cuello, con su mano, a prisa:
que su vencido soy y su vasallo.

—¿Qué me pides, qué quieres?—
—Que me obedezcas siempre— ¡Reina mía!
ella orgullo de todas las mujeres,
se yergue con ingenua gallardía.

Y me dice, con señas y miradas,
¡me dice tantas cosas!
Nuestras almas después encadenadas
quedan como dos notas melodiosas:

notas del mismo espiritual poema
de un amor muy profundo,
que enciendo y que no quema,
y hace de todo el mundo nuestro mundo.

MARY CORYLE

MARY CORYLE

CUENCA: LA CIBDAD ROMANCE

¡CA, NON FUERADES TAN YNDIA,
SI NON FUESES TUMIPAMBA!
¡CA, NON FUERADES SENNORA,
SI NON FUESES CASTILIANA!

1

Tendida la Virgen Madre
muy dentro de la montanna:
Arboles de todas suertes
por el vientre le trepaban.

Nengún ome conosciya
sus montannesas entrannas.
Ni le vidó algún humano;
por elio, virgen estaba.

Tupydo é verde foliaxe
su donceliez recataba,
fresco de frondas escuras
su ardentíya minoraba;
nengunos oxos la vian
sinon los oxos de l'agua
qu'en su cárcel rumorosa
tal Doncelia carceraban.

Só de alegres monteciços,
de los omes inorada,
—mansión de ninfas é faunos—
Agua é Tierra... Tierra é Agua...:
tendida la Virgen Madre
muy dentro de la montanna.

II

Ya se liegaron los omes
dende tierras muy lexanas
é se perdyeron en dentro
de la florida montanna;
reposando el su cansancio
é dormyendo la su andanza
só de bovedades frondas
que verdesciyan su falda
é yunto de los ribazos
que lado d'elia cantaban.

Cabe de los quatro riyos
florescen chozas de paxa.
La tierra me le despoخان
de la tu tã viexa capa,
urgando el escuro vientre
de la virginal montanna:
Madre ya de aquesos omes
que ha de amamantar mannana.
E, de l'arcilia más fina,
prolixamente amasada,
nascen las vasixas, fechas
à imáxen é semexanza
de las reyidas colinas
que á la Madre coronaban:

como elias, así hermosas,
é, como elias, contorneadas.

Como los omes plasciyan
de platicar con las aguas,
persiguiendo su carrera
tán por elios invidiada;
sosprendieron las chispilias
que sus oxos deslumbraban.
E, robando ese tesoro,
q'en las sus manos brillaba,
amasaron, más prolixos,
la rica arcilia dorada;
cinnéndola á sus cabezas
—con plumas de aves tocadas—
é fiscieron requilorios
—finuras de l'Arte Maya—:
coliares, tupos é axorcas;
argolias, cintos é gualcas
para las garridas fembras
que, yunto delios folgaban.

como elias, así hermosas,
é, como elias, contorneadas.

Como los omes plasciyan
de platicar con las aguas,
persiguiendo su carrera
tán por elios invidiada;
sosprendieron las chispilias
que sus oxos deslumbraban.
E, robando ese tesoro,
q'en las sus manos brillaba,
amasaron, más prolixos,
la rica arcilia dorada;
cinnéndola á sus cabezas
—con plumas de aves tocadas—
é fiscieron requilorios
—finuras de l'Arte Maya—:
coliares, tupos é axorcas;
argolias, cintos é gualcas
para las garridas fembras
que, yunto delios folgaban.

III

De vellos así dichosos,
por la materna privanza,
temibles é gigantescos
omes de más fuerte raza:
los bravísimos Cannares,
en destrutora bandada,
cayeron sobre los omes
que, con muxer é folganza,
vivían en el oculto
regazo de la montanna.

E, por dalle nombre proprio
a la Madre desputada,
llamáron-le GUAP-DON-DELEG:
imensa é florida pampa,
como los cielos, hermosa,
é como elios, así de ancha.

Cresciéron-se los Cannares
é iba creciendo su pampa:
por cabeza, el Tiquizambe,
á los pies, el Tamal-Aicha;
Marannón, del un costado,
del otro, la imensa Charca.

Padre é Madre deste Pueblo
la Culebra milenaria.
E, más Madre del Cannare,
la fastosa Guacamaya.

Por aber melior valia
é doblar la ponderada
fuerza del cannare pueblo
contra d'enemiga casta,
del Ynca Tupac-Yupanqui
conosciendo la puxanza;
d'acá, la Nación Cannare,
d'aliá, la Nación Yncaria:
ome á ome, pueblo á pueblo,
dentran á faser alianza.

IV

Por la mesma donosura
de la Tierra ospitalaria;
por sus lomas dadevosas
de florcicas aromadas;
por los sus quatro ribazos
de tã cantadoras aguas;
por la nochescida veste
toda d'estrelias bordada
è, por el blando regazo
de la flolescida pampa
—que así recién conocia
como todica se daba—;
la Emperatriz Mama-Ocilo,
de los Yngas Soberana,
se vino dende su Cuzcu,
en preñez adelantada,
para yacer en la tierra
que Guap-Don-Déleg liamaban.

Tierra que tornó-se cuna
ansi como elia sonnara:
entapizada de flores
è mescida por las aguas,
para parirle fermoso
al Fixo de sus entrannas

é dalle luz más radiante
al Ynca-Sol: Huayna-Cápac.

Por habérse-le ofrescido
tan mullida é perfumada,
para la nascencia augusta
del Magno Sol de la Raza;
el Ynca Túpac-Yupanqui
le nombró de PAUCARBAMBA:
la floescida lianura,
la tierra tán cobdisciada.

V

En lianura tán fermosa
se alza la Cibdad Yncaria
que tiene para sus fixos
mill falagos de Allpa-Mama:
si, dispiertan á la vida,
tiende su florida pampa
ó el lecho del Guanacauri,
cuando la muerte les liama.

El Uznu é el Pumapungu:
palacios de Huayna-Cápac.
E, como xardín del Ynca
toditica Paucarbamba.

Sennor del liano é sus riyos,
en la colina más alta,
mansión del Viexo Dios Padre:
el templo de Pacha-Cámac.

E, oculta entre dos ribazos,
lexos de todas miradas,
la casa de las doncelias
que del Dios Ynti cuidaban.

En el mesmísimo centro,
el soberbio Mullu-Cancha,
abrazado por las flores
é mescido por las aguas.
De la Mama-Rava-Ocillo
tal rica é suntosa casa,
toda de oro muy masciso
—como de oro es la su estatua—.

Elia al Fixo le dió cuerpo.
El Fixo dió-le la su alma,
la que, por siempre, cobixe
con tãn muy maternas alas
á Tierra tãn nobrescida:
á la Madre Paucarbamba.

E, Dioses de aquesa Tierra,
por nengún ome sonnada,
—toda ataviada de flores,
toda de aguas oriliada—,
Soles de viva fulgencia
los dos: Ynti é Huayna-Cápac.

VI

A la florida lianura
le pusieron TUMIPAMBA:
por la cuchilia sangrienta
q'en la su tierra sembrara
más de veinte mill cabezas
cruelmente descabezadas
por el odio de los Quitus
é la furia de Ata-Huallpa.

Omes é cosas cayeron
só de su grande venganza.
Non bien cansadas las manos,
el fuego más se avivaba.

Osamentas de los fixos
blanquescieron las sus faldas
é por los vascios oxos,
seniestramente miraban,
flaquescidas é plorosas
arirumbas funerarias;
pero arirumbas de sangre,
non, como d'en antes, brancas.

A la Lianura Florida
ya non liaman Paucarbamba...

Magüer, tán veüda é triste,
¡belia estaba Tumipamba!
Madre de nengunos fixos
de la su fértil entranna.
Mill vesces mucho más belia:
ansí sola é desdichada...



VII

Don Hurtado de Mendoza,
Marqués de muy noble Casa
é Visorrey, en las Yndias,
de toda la Tierra Yncaria,
sonnaba, muy más dispierto,
en la su Tierra lexana...

"Si en estas tierras oviera
la su Cuenca Castiliana..."

E manda á Don Gil Ramirez
liegue á nuesa Tumipamba,
para faserle á la Madre
que al Visorrey tormentaba.

Don Gil devisa una cuenca
toda de riyos cercada
é de ágiles montecicos;
más fermosa é muy más amplia
que la de aliende los mares,
que la Cuenca de su Hispannia.

E, caballero é galante,
yura, por Dios é su espada,

non recordar fermosura
tal que de la Tierra Yndiana;
ni haber copiado el su porte
cristal de más puras aguas.
Mientre, los Gefes Cannares
de la Tierra Tumipamba:
los yndios Duma é Leopulla
que al estranxero miraban
—non conquistador— rendido
á los pies de la Allpa-Mama;
le ofrescen á Gil Ramirez:

“Es vuesa, Hispanniol, tomalla,
porque la Madre del Yndio
non quiere ser conquistada.
E los sus fixos gostamos
de faser onrosa alianza
con Pueblo de más valia
é omes de más fuerte raza.

“Por aquesto que descimos,
vuesa es nuesa Paucarbamba,
de antes, la Cibdad Cannare
tân florescida é tâan ancha;
destruyida por el odio
de nuesa enemiga casta;
ceniscienta é sangrescida
por lenguas de omes é flamas
é aventadas á los vientos
las sus cenizas sagradas.

“Mas, ansi de tristescida,
é toda ansi desolada,
aún es lindo su cielo
é aún florida su pampa:
sí, porque ha plorado mucho,
lievan sus riyos más agua...

“Tomalla: é facella grande
tal que fizo Huayna-Cápac;
que ha de daros buen cobixo
si en elia dormís la andanza.

“Porque los Cannares Yndios
que perdonó la matanza;
habremos de ver, por suerte,
á nuesa Yndia trasformada
en una desas cibdades
que habédes en vuesa Hispannia.

Vos la damos, Gil Ramirez:
Vuesa es nuesa Paucarbamba...

.....”

VIII

Don Gil Ramírez é Davalos,
rebosándole de l'alma
la enrayzada hispannoia
é la grande Fé Christiana
tiende la su diestra mano
por sobre de Tumipamba.
E, con la mano seniestra
á todos los vientos manda
quatro punnos de la tierra
que yace só de sus plantas.

E, luégo, con grand mesura
—tal el Rito lo mandaba—,
tomando entrie las dos manos
una frutecida rama
deso que diz **capuliyes**
que vianse en linfas claras,
arreyuntando dulzuras
de las frutas é las aguas:
con pontifical talante,
dentró al mesmo Tomebamba.

E, moxando tal ramica,
dispués que le baptizara
de JULIAN, —por algón Sancto
de la su querida Hispannia—

fizo lluvia de rubiyes
é de goticas perladas
á su derecha é seniestra
de frente, é de las espaldas.

Ya de pies, sobre la orilia,
formó una Chruz, con dos ramas
con mesmas gotas de sangre
de tales frutas yndianas,
fincándo-la en tierra firme,
postró-se para adoralla...

.....
E, alzándose, á la hermosa
Cibdad de prestancia yndiana,
le baptiza ansi de CUENCA:
creando para su Hispannia
esta Cuenca de los Andes
que descian PAUCARBAMBA.

IX

Ansi: la Cibdad Cannare
que Guap-Don-Déleg liamaban,
la mesma que Ynca Yupanqui
le puso de Paucarbamba.
E, ya dispués de los diyas
del Inca-Sol Huayna-Cápac,
la maldad del Ynca Quito
le cambió de Tumipamba;
por Gil Ramírez é Dávalos
de Cuenca fué baptizada.

A que, por todos los siglos
de los siglos, alentara
en esta Cuenca tån Yndia
l'Alma tan fiel é Christiana,
tån ardiente é sonnorosa,
tån sennora é tån gitana,
tån dadevosa é tån grande:
L'Alma de la Madre Hispannia.

ROMANCERO TOMBAMBA

¿Qué raza de Yndios Poetas
vino en conquistar l'Arcadia
que mira-se, voluptuosa,
en tal cristal de tus aguas?

¿Cómo eruirian, soberbias,
sus figuras leyendarias
de verse, ansi prisioneros
de linfas tån encantadas?
Cuál urgarian, audaces,
con pupilas más piratas
las alburas del tu seno
de muxer imaculada.

E, cómo derrocharian
su viexisima palabra
por encarnar en tus ondas
su cantiga epitalámica...

Di-nos: quiénes fueron elios.
Reláta-nos sus fazannas.
Danos tu ayer amoroso,
Tombamba... Tombamba...

*
* *

Si, porque habédes tu cuna
en la azulina montanna
que ofresce al mor de los cielos
su cabeliera nevada.

Si, porque robas tal giro
de mill condóricas alas
é en t'undoso lecho meces
castas querencias de garzas.

Si, porque traes, risuenno,
besicos de la mannana
á dexallos en las bocas
de virgencicas aldeanas.

Si, porque bulies, tenorio,
dentrie tus enamoradas:
las descretas yerbabuenas
é las fráigiles albahacas.

Si, porque sabes de alegres
mannanicas provincianas
é de noches que te bordan
con lentexuelas de plata.

Si, porque en tu espexo copias
á la Reyna tán más casta,
q', en la noche, abre las puertas
de su mansión estrellada,
por besarte con la friya
blancura de sus miradas;
regostando, vampiresa,
las tus eróticas ansias
q'encabritan mill espumas
en tus ondas alocadas.

Si, porque, en fuga morosa,
de la maternal montanna,
te liegas fasta tu Cuenca
con caricias de alborada:
á conquistarle, atrevido,
á la encauta Provinciana,
cinnéndole las caderas
con tal centurón de plata
é cantándole, armonioso,
cantigas enamoradas.

Si, porque parlas el quechua
de tus bravos Tumipambas
é derrochas el tesoro
de la parla castiliana:

Razón de plantar el Yndio
—olvidado de su erranza
é flechado por tu embruxo—
chosica d'escura paxa
que mira-se, embebecida,
en espexo de tus aguas.

Razón de dormir el Blanco
su temeridad é audacia
recostado sobre el muelle
seno de turgencias albas;
desciéndote mill cantigas
que Viracocha sonnara,
é arruliado del Romance
de tu verbo, TOMBAMBA!!!

ROMANCE DEL YANUNCAY

Riyo de linfas oscuras,
agua negra: ¡yanacay!,
que arrastras tu dulce nombre
de lexana yndianidad,
orlando las pintorescas
laderas del Narancay,
besando los pies del Tury
é cinnéndole al Gapal.

Para el suenno rumoroso
del verdinegro cristal,
tiendes tal lecho de arenas
que surcan de claridad
la risa del sol tenorio
é la tristeza lunar:
¡Raudal de linfas oscuras,
Riyo Negro: Yanuncay!

Riyo Morlaco, mi Riyo
de negra diafanidad,
espexo de mill helechos
que abanicán tu sonnar.
Priendes al tu seno frágil
racimos d'escuridad

—myel de mis capulicedas
que su dulzura te dan,
xugando con tus espumas
é tinnéndo-te la faz—.

Los paternales saúces,
con tal unciosa piedad,
cobixan las desnudeces
tán puras del tu cristal;
é se tienden á tu vera
—poetas del Yanuncay—,
el diya, para arruliarte,
la noche, para plorar.

*
* *

Riyo umbroso, Riyo mago,
si quisiérades contar
eso que te discen oxos
colmados d'escuridad,
—por el beso del ensuenno
é el beso que tú les das—,
quando, fixos en tu erranza
d'emperativo racial,
te quantan lo que los labios
prometiéron-se caliar:
Oxos del Fauno-Poeta
plenos d'estranna ansiedad.
Oxos de muxer amante
tintos del dolor de amar.
Oxos que á tu agua mendigan
anhelos d'eternidad.
Oxos q'imploran á tu agua
eterna fugacidad.

Qué te discen, quando beben
la noche del tu raudal?...

Qué te discen, quando escrutan
su oscura diafanidad?...

*
* *

¡Seductor de cholas guapas!,
¡taymado Riyo galán!,
con qué arte las enamoras,
cómo te fasces amar:
quando van más domingueras
á ver al su Yanuncay
é á remirarse en el seno
del su moreno Don Juan;
mientras, tus lenguas morosas
no se cansan de besar
las tibias carnes triguennas
que mesces en tu cristal.

Pintor de mi Morlaquia,
qué bien la sabes copiar
bannándole á la Morlaca
que s'entriega al tu raudal:

Oxos de myel avispera
—luceros del Yanuncay—.
Labios de frutillas roxas
encandelando tu faz.
Los senos-garzas doradas
en brazos del su galán.
E los cabellos regüeltos
ennegreciéndote más.

Artífice enamorado
de tal criolia beldad;
en el tu espexo la copias
muy Chola de mi ciudad:

Zapato palo de rosa
de claro repiquetear
luciendo baxo los bordes
del envertido amancay
de la poliera prensada
que va regando, al pasar,
tal saleroso donayre
de la Chola del Azuay.

Con su panno gualacenco
de regia pomposidad,
é blanquissimos encaxes
—floración del tu espumar—
mas, los encrispados flecos
que te rizan mucho más...

Sobre del pecho, las trenzas,
—en paréntesis sensual—
abrazando á sus dos garzas
que quisiéran-se escapar,
quando se mira la Chola
en oxos del su Don Juan.

*
* *

¡Raudal de linfas oscuras,
Riyo negro: Yanuncay!
Quánto te quieren, Tenorio,
las cholas de mi Ciudad...

ROMANCE DEL RIYO PROCER

¡Oxo glauco de los Andes!
¡Sennoreador de horizontes!
¡Espexo de luna clara
en que miran-se los cóndores!

Palpitas, estremecido,
recio corazón del monte
é distiendes la tu aorta
facia un valie de pastores,
dándoles tu mesma vida
à sus tierras é à sus omes.

Riyo tán así de agrario:
sabiéndote Riyo Prócer...

Tus mansas linfas copiaron
l'altivez de bravos omes
q', en fiero é leal combâte,
mataron mill trayidores,
mesmos que blandieron armas
contra propios corazones;
envadiendo el nueso suelo
—creyéndose vencedores—
encontrando en el tu lecho
tumba de sus ambiciones.

En tus aguas abrevaron
sus patrióticos ardores:
—sed de vengar cien ultraxes
de los fermanos inobres...—
los fieles Grancolombianos
paladines-defensores
de la Sanctisima Causa
de la Muy Leal é Nobre
Tomebamba de Cannares,
Cuenca de los Hispannioles;
ogando tal insolencia
de cobardes é foliones...

Tus cristales retrataron
al Varón de los varones:
Amigo, entrie los amigos;
Ome, dentrie todos omes;
Vallente, Aguerrido é Sabio
dentrie los Libertadores:
ANTONIO JOSE DE SUCRE,
cuyo epopéyico nome
bulie en labios de tus olas
á que lo beban los cóndores
é lo lieven, é lo encumbren
por sobre de Andinos montes:
Bandera de Rebeldiya
é de reivindicaciones.

¡Oxo glauco de los Andes!
¡Riyo Tarquil... ¡Riyo Prócer!

*
* * *

Riyo que pules los mármoles
en q'eterniza-se el ome
é le das toda su gama
de sospriendientes colores:

dende el lunado alabastro
á la noche de los ónices.

Riyo agreste, Riyo omilde,
casto Riyo de pastores:
simplicidad rusticana
—Espíritu de tus omes
que te beben en los cuencos
de manos de labradores—.

Diafanidad de la tu agua
en los oxos é en las vosces
de mill zagalas hermosas
que, sin mentidos pudores,
entriégan-se á tus caricias
de faunesco Riyo xójen.

En siendo ya el mediodiya
recostado en los tus montes,
á tus orillas descende
la nieve de tus veliones,
desvistiendo á la pradera
del su delantal de flores.
En fileras aprietadas,
van carneros é padrotes,
é, los albos rescentales,
yunto á los tibios pezones.

Sennores de los rebannos,
siguen-les perros-pastores,
cuydando que no les roben
los vagos merodeadores
é metiéndoles en fila
á corderuelos triscones.

Aítos del sol lianero,
los pintorescos manchones
que mulien la verde grama
del valie é de sus alcores,

desperezando los cuelios
de robustos acordeones,
desfila fácia la fuente
que há de abrevar sus calores,
aquel ganado vacuno
q'es riqueza de tus omes.

El mugido de las vacas
trepá, clamoroso, al monte:
plorando á los ternerillos
sólicos en los galpones.
E los bueyes van rumiando
lo crueles que son los omes...

E tus riberas festonan
mill manchas multicolores
que piden agua al su Riyo
para el fuego de sus soles.

Te dispiertan las cantigas
de rústicos trovadores:
ansí miniados psalterios
como parleros chirotes.

E te duermes arruliado
por tal canto multiforme:
fecho de voz de zagalas,
de plorar de rondadores,
é melodiosas quexumbres
de saúces más plorones...

Enrizas tus mansas aguas
en círculos muy más móviles
quando sus cristales trizan
los patillos nadadores,
las quiriungas anfibias
é las garzas tornasoles.

Riyo sonnador: el Riyo
de vagabundos pastores:

ondulas, ociosamente,
en las sabanas enormes.
Te lanzas, si no te siguen,
é, si elios corren, no corres...

*
* *

Ansi, liegas á mi Cuenca
—Cibdad de hidalgos Blasones—
¡encauto Galán aldeano!,
¡Riyo casto de pastores!,
á orlar con cinta plateada
su crinolina de flores.

Ansi, liegas á mi Cuenca:
¡RIYO TARQUI!, ¡RIYO PROCER!,
é perdido enamorado
de la Muy Leal é Nobre
Tomebamba de Cannares,
Cuenca de los Hispanioles,
te aduermes en su regazo,
sonnando con sus amores...

.....

ROMANCE DEL RIYO MACHO

Indómito é regueltoso;
altanero, fiero, é bravo;
en amontonadas olas
te precepitas, bramando;
porque, tal materna cumbre
que te aduerme entrie sus brazos,
de ver que tu vida moza
no cábe-le en su regazo,
te despenna por su dorso
é te echa á rodar al liano:
que mal se avienen tus ansias
con maternas cuydados...

Por tal precoz turbolencia
de quien anda en malos tratos
con el viento, libertino
—mal amigo de muchachos—
con la noche, celestina
de cuántos negros pecados;
é con temibles gannanes
—los más perdidos é vagos—;
con yusticieron sentido,
los yndios te baptizaron:
Riyo Ebrio: Machay Gara...
Machay Gara: Riyo Macho...

.....
Vida: el tu vivir t n libre
en lugares despoblados.
Lances: los de tu carrera
quando te vas, desbocado,
tal potro que va fuyendo
del espueleo del amo.

Riyo que corres briyoso,
turbolento   alocado
por altas tierras calizas
que no alimentan ni cardos;
pobres tierras que, sedientas,
te beben   grandes tragos,
tierras que sorben tu vida
con mill labios agrietados
  r ban-te la dulzura
con tales besos amargos:
requemando tus entrannas
  golvi ndo-te más malo...

*
* *

Magüer, entrie grito   bronca
de tumbo en tumbo, en los prados,
de salto en salto, en los montes,
dende el mirador más alto,
aguaytas la Cuenca Andina
  ahí te quedas plantado:
  Quién domado-h  tales ansias?...
  Por qué te quedas sonnado?...

Yo bien s  qué te detiene,
potro, que vas desbocado.
Por quién duermes tu bravura
en apacible remanso:

Es la Cibdad más fermosa
del vergel Equatoriano,
la que te pide, sedienta,
que le beses en los labios;
porque te quiere bravio,
tumultoso   perdulario;
porque adora tus locuras
  tu endomitez de Macho...

Es la Princesa Cannare
que anhela el tornasolado
air n de tu brava espuma
para ponello en su llauto...

Es la sonnadora Cuenca
que desea oír tu canto
caido de la montanna
  revuelcado en el liano.
Canto del Riyo-Pirata
en paraxes desolados;
canto de Riyo-Poeta
—murmurios d'enamorado—
cinnendo su real cabeza
con tu argento millionario...
Besando sus reales sienes
con ansias de Riyo Macho...

Es mi belia Tomebamba
quien, por end mito   bravo,
priende tu espuma radiante
en el oro del su llauto.

E quiere, q' entrie sus Riyos,
—en fuer de feliz   osado—
le abriliantes más los oxos
  le beses en los labios...

.....

REMIGIO ROMERO Y CORDERO

CUENCA DE LAS INDIAS

I

Ciudad indolatina

Indígena cañari y latina de España,
dormida en el regazo materno de los Andes,
es sangre que mezclaron en una sola entraña
las huestes de los Dummas y los tercios de Flandes...

Amada indoespañola del Marqués de Cañete,
de Gil Ramírez Dávalos legítima heredera,
quitó al señor Marqués el recio guantelete,
y tomó de don Gil la espada y la cimera...

Se irguió con el prestigio de la magna armadura;
alzó la audaz cabeza como sol de levante;
y el día sin igual inundó la llanura
que ríos da al Pacífico y ríos al Atlante...

Cantó la égloga pura en la tiorba y la avena;
la fiesta cinegética juntó al idilio manso;
y, en traje interandino de zagala morena,
resbaló por la vida, como por un remanso...

Crejó, a la castellana, en Díos... Altos cimborios
alzó... Y, en torno al templo, cultivó capulies,
árboles cuyos frutos semejan abalorios
para endomingamiento de novias con rubies...

Después, se dió en sembrar selvas de laurel griego
y florestas del árbol que la paz atestigua,
para esplendor, lo mismo que una mancha de fuego,
y ser, al propio tiempo, muy nueva y muy antigua...

II

Capítulo de heráldica

El recio emperador de los cóndores reales
que habitan los picachos de las dos cordilleras,
abrió la ruda pompa de las alas caudales
y de la mar de Atlante miró hacia las riberas...

Jamás mole condórica voló más rauda... Al punto,
del reposo del aire rompiendo las amarras,
lanzóse contra el sol... Y era como un conjunto
de noche y de huracán, de entrambos, y con garras...

Dobló sobre el volcán; viró, luego, al oriente;
pasó, como un relámpago, por climas y por zonas;
pero dió siete vueltas, solemne y lentamente,
cuando estaba volando sobre el río Amazonas...

Después, del glauco mar al ver las glaucas galas,
graznó el graznido grande que tiene voz de mando,
se columpió en las alas; plegó, luego, las alas,
y, como si cayera del sol, cayó brillando...

¿Por qué parar el vuelo?... ¿Acaso ya no alcanza
a fatigar espacios...? ¿Su brújula y su popa

sin duda ha roto el cóndor...? ¿O ya, tras lontananza,
no aciertan las pupilas con rumbos para Europa...?

De pronto, el agua grita... La mar el ave escruta...
Los pájaros acuáticos levántanse en miriadas...
El cóndor alza el vuelo, y se lanza a la ruta,
con los ojos sangrientos y las garras crispadas...

Las iras del Atlántico le azotan, entre brumas...
Mas, ¿cómo ha de temer corajes de las olas
quien combatió tormentas que destrozan las plumas
y huracanes andinos que despeinan las golas...?

¿Las flámulas volcánicas, el relámpago, el trueno,
el sol del Ecuador, no le entonan su cántico...?
Para el ave de América es un día sereno
el día de las iras marinas del Atlántico...

Y pasa... Vuela encima de razas y ciudades...
Y otea ya los pueblos que el Cantábrico baña...
Y siente ya fastidio de las inmensidades...
Y ya toca en los campos históricos de España...

El orgullo condórico respira, entonces... Sobre
la heráldica de Iberia fatiga el ala... Busca
la leyenda mejor —la de oro, acero, cobre...
Y se pasma, y se engríe, batiendo el ala brusca...

¿Qué leyenda arrancar a tanto noble escudo...?
¿Cuál de ellas preferir, por digna y castellana...?
Y con la fortaleza mayor del pico rudo
quita el mote al famoso Marqués de Santillana...

El Marqués —que venía desde la Finojosa—
requiere la tizona... Y, en viendo al ave andina,
al itálico modo canta un soneto rosa;
y vibra, ante el soneto, la familia latina...

El cóndor vuelve... En inclito connubio con la Historia,
el mote, a picotazos, talla en carne de roble;
y, mientras él lo talla, las manos de la Gloria
ungen a la ciudad muy leal y muy noble...

Las águilas, entonces, las águilas más épicas,
en són de aplauso, el ala dan contra las montañas...
Y la Cuenca recién nacida en las Américas
engrandece a la Cuenca que vive en las Españas...

III

Cuenca de España

En pleno corazón de la Nueva Castilla,
donde el Júcar y el Huécar mezclan sus poderíos,
ha mucho tiempo existe otra ciudad sencilla,
otra Cuenca, otra noble señora de los ríos...

Su campo vió las tropas de los cartagineses,
conserva aún recuerdos de la legión romana,
y mueve la rotunda verdura de las mieses
con no sé qué morbosa molicie musulmana...

Por la tortuosidad de sus calles sombrías
van los graves emires de pecho fuerte y bravo;
detrás, sacando chispas de las pedrosas vías,
la jaca levantisca de don Alfonso Octavo...

Y pasa don Alfonso... La empuñadura de oro
aprieta, con la diestra, poniendo mala cara;
y tiemblan la fiereza musulmica del moro
y la casa de Castro, y la casa de Lara...

Ah, de los sarracenos... Luego en són de alegría
obsede al rey la imagen de la querida hermosa.
Y ello, ¿qué? Tras Alarcos y la dulce judía
están —lo sabe España— las Navas de Tolosa...

Y pasa don Alfonso... Y el Júcar se enfurece.
Y el Huécar, retorcido, clarina, hirviente, bravo.
El agua de ambos ríos españoles parece
romancero de gesta de don Alfonso Octavo...

La Catedral le aclama con su gótico estilo,
el Hospital Real de Santiago palpita;
y pasa don Alfonso, impávido y tranquilo,
sabiendo que es su gloria lo que en el mármol grita...



IV

Alma tierra morlaca

Oh, Morlaquia... Espiritu del capuli nativo
amor de las retamas —que encuadran los maizales—;
cariño azul del río, —que se va pensativo—,
dejando églogas tristes a mirlos y mimbrales...

Huertos en las colinas; chozas junto a los huertos;
entre las sementeras, los tinglados pajizos;
la inmensa novillada en los planos abiertos;
y, al confin de los planos, la paz de los boyizos...

Junto al trigal, la aceña; junto al hórreo, los llares;
cabañas y majadas, al fin de las camberas;
altramuces, al borde glauco de los paulares;
y, encima de las cosas, un vaho de praderas...

Las flautas de carrizo desgranar yaravies;
las concertinas suenan, viajando a todas horas;
con las flautas sollozan, en flor, los capulies,
y con las concertinas, en flor, las zarzadoras...

Las tierras negras, negras: las tierras de montaña.
Otras, blancas, rojizas. Otras, color de iris;
por donde, en actitud de danza o de campaña,
van sombras de cañaris, y de incas, y de shyris...

Después, ruinas de templos y ruinas de ciudades,
durmiendo el sueño eterno que da la prehistoria,
mientras cuentan al tiempo —señor de soledades—
quién sabe qué remotos capítulos de gloria...

Y un pueblo que trabaja, que ama, que mañanea,
que cuece hogaza propia de marzal y garzules,
bendiciendo al Señor, con palabras de aldea,
ante los llanos verdes y las cumbres azules...

A veces, el paisaje es este: un campanario;
en torno, veinte casas; un cura que los salva;
y, arriba, las campanas, que llaman al rosario,
a la escuela de Cristo y a la misa del alba...

A veces, el paisaje es este: diez merinos,
que rige una pastora; las curvas de los cauces;
la dehesa apacible, cruzada de caminos;
y, sobre los vallados, la gloria de los sauces...

Y es poeta el labriego, y es poeta el urbano.
El viento que en el alma de los morlacos sopla
les deja una plegaria, para el Dios soberano,
y, para lo terreno, las mieles de la copla...

Y es músico el urbano, y es músico el labriego.
En la pauta aprisionan las cosas y los seres,
y ellos, allí, parecen elegías del ruego,
ruido de sementeras y paz de atardeceres...

Y el pincel traza lienzos y el mármol se modela.
Y allí tiene lo hermoso su mejor universo.
La Cuenca de las Indias es una inmensa Escuela
de Bellas Artes, puesta, por sus bardos, en verso...

V

La epopeya de América

Y vino la hora magna... Los grandes capitanes
dijeron que eran libres América y sus leyes,
lanzando, de los tronos puestos sobre volcanes,
el trágico poder de los viejos virreyes...

Y se alzaron los pueblos... Y cayeron de bruces
los ídolos arcaicos... Y corrió sangre, sangre...
Y, entre las humaredas del lance de arcabuces,
América, tan joven, no hizo caso al desangre...

Y fué libre, muy libre... Cayeron los leones...
Sagunto revivía en el Nuevo Hemisferio,
y Numancia también... Arriba, corazones,
que, en nombre de las patrias, rompióse el cautiverio...

Libre ciudad hispanocañari

Oh, no, sagrada España... España bendecida,
no es ingrata tu América, tu América triunfante;
te rasgó la honda entraña para vivir su vida
y te dolió la entraña, porque nació un gigante...

Mi Cuenca te venció también... El guantelete
que le diera el Marqués, valió en la lucha clara;
mas, como era de mano del Marqués de Cañete,
jamás dirigió el golpe, España, hacia tu cara...

Mi Cuenca te venció también... La espada noble
que le diera don Gil, sirvióle en la campaña;
y, como era la espada de don Gil, el mandoble
no fue a tu corazón ni a tu cabeza, España...

Cuenca te hirió en el biceps, en el músculo fuerte:
allí, donde tu fuerza titánica se anida;
porque no era posible que te injurie de muerte
aquella misma joven que trajiste a la vida...

Hoy, Cuenca de las Indias con tu amistad se goza,
y, puesta entre los dos, por histórico fallo,
ya con Iñigo López y Hurtado de Mendoza,
mientras don Gil Ramírez los precede a caballo...

ALFONSO MORENO MORA

CUENCA

Oh! Cuenca, tierra mía, ciudad antigua y noble,
por aquello que tienes de laurel y de roble
voy a entonar un canto magnífico y viril;
pero antes, que mis labios se posen en tu escudo
y que las brisas lleven mi cálido saludo
envuelto en los aromas con que te incienso Abril.

Mirando los leones de tu blasón sin mancha
evoco tu leyenda, mi corazón se ensancha
y así como soy bardo que pulso mi laúd,
en el combate siento que de algo serviría
mi orgullo de poeta, mi enorme sangre fría
y el ímpetu valiente de toda juventud.

Castillos almenados recuerdan mi abolengo,
de nobles y señores, señor y noble vengo,
aunque hoy la lira sea mi escudo y mi blasón;
el signo con que pienso vencer en la pelea
tiene los flancos finos de Venus Citerea
y vibra si lo pongo sobre mi corazón.

Tus hijos fueron héroes de cien bravas acciones,
con bronce de campanas fundian sus cañones,

y espadas y clarines supieron fabricar;
hoy día los cañones son bronce de campanas
y alegran, argentinas, la paz de las mañanas,
llenas de sol y vida y amable bienestar.

Catorce campanarios elevan su blancura
sobre los techos grises donde la luz fulgura
igual que enamorada caricia de mujer;
catorce campanarios que brillan como ascuas
cuando la luz se enciende, y, en las solemnes Pascuas,
exultan con sus voces de júbilo y placer.

El Tomebamba besa la seda de tu traje,
el Yanuncay dice églogas corriendo entre el bosque,
y monologa el Tarqui leyendas de valor;
más lejos el Machángara les halla ya reunidos
e igual que fuera un símbolo, se juntan y así, unidos,
en éxodo sonoro, caminan bajo el sol.

Llanura de las flores, tu ambiente embalsamado,
tus aguas rumorosas, tu cielo despejado,
tu paz, la dulcedumbre que fluye de tu ser,
enferman de nostalgia y matan de tristeza
a aquellos que, en destierro, recuerdan tu belleza,
los ojos en la senda por donde han de volver.

Paisajes de tus campos de bíblica dulzura:
las casas como nidos en medio a la verdura
de plantas milagrosas que curan todo mal;
las sendas serpentinadas bifúrcadas en ramales:
caminos de las casas, caminos vecinales,
la senda que va al río y las que al monte van.

Aquí y allá las fuentes de linfas cristalinas,
los árboles añosos, la paz de las colinas
cual fueran monumentos de antigua religión;
los céspedes floridos, las vacas perezosas,

la cornamenta en alto, rumiando silenciosas,
con ojos dulces miran la tierra en floración.

Las cruces caminales se yerguen entre flores,
en todos los caminos los rudos labradores
saludan alabando la inmensidad de Dios;
y si la patria quiere se cambian en soldados,
que son en los combates los héroes ignorados,
los que adelante marchan ajenos del temor.

Fundida como en bronce su recia contextura
imponen en las faenas que emprenden con dulzura,
a veces, en la estepa quemada por el sol;
y son abigarradas, graciosas muchedumbres
cuando a los pueblos bajan por las risueñas cumbres
tocando la bocina o el ronco caracol.

Belleza de tus hijas discreta y silenciosa,
son primas de la dalia y hermanas de la rosa,
con no sé qué de junco, de liana y de torcaz;
sus ojos cuando miran descansan sin recelo,
obscuras mariposas que, deteniendo el vuelo,
reposan en las frondas sus alas de cristal.

Y así como son dulces y timidas y buenas,
en raro ardor se inflaman si miran las cadenas
con que el tirano insulta la santa libertad;
y escarapelas bordan con seda de ilusiones
y miran a sus novios partir en las legiones
sin que sus brazos sean más fuertes que el ideal.

La dulce poesía y el patriotismo exaltan;
su amor el solo lauro que aspiran los que cantan;
su amor, suprema gloria, trofeo y galardón.
Oh! Cuenca, tus mujeres, igual que las vestales,
mantienen encendidos los nobles ideales
y son de los poetas Atlántida y Toisón.

No ha sido en obsequiarte naturaleza avara;
tus montes, tus campiñas bañadas de agua clara
afirman tu renombre de hermosa y de gentil.
Te busca el viajero, te ensalzan los poetas,
erés el preferido jardín de los ascetas
y estás como poblada de torres de marfil.

CESAR ANDRADE Y CORDERO

MORLAQUIA DE FE Y LATIDO...

1

Tierra-Vertiente, Tierra de pezones dorados,
En la médula siento un ansia de loarte:
Emerges, como novia, con ojos enlunados
Y —entre tantos pudores— casi no puedo hallarte...

Pero te vi venir taladrando los muros
Más lejanos del Tiempo, con tu perfil de Coya,
De brazo a Huayna-Cápac, con los senos maduros
Para el fecundo dón, como la única joya;

Pero te vi venir tramontando los siglos,
Breve, diáfana y fértil, ahuyentando vestiglos

A lomos de tu cielo, cual la desnuda Europa,
Raptada por tus vientos en formidable tropa;

Y oigo el Trueno Sagrado de tu Gran Mandamiento
Cuando la desnudez de tu Verdad presiento,

De tu Verdad de ahora que es de Ayer y Mañana:
Junto al Valor Indiano, Nobleza Castellana

Te veo y siento adentro que enloquece el Deseo
Y, por amarte, ¡Oh, Tierra! insensato, no veo

Que eres Madre y que llevas en la entraña mestiza
Este plasma que es tuyo en mi carne cobriza...!

2

Desbrozando el epíteto, en el espejo de agua
De tus ríos —tan pura cual tu pura cangagua—

He hacer por mirarte, Tierra mía, porque hay
Para verte que usar ojos de Yanuncay...

Morlaquí, tus trenzas de sedosa tiniebla
Un olor pubescente de madre selvas puebla

Y tienes una franca risotada de cielo
Que rueda por tus faldas de verde terciopelo:

Si, vestida en tu traje simbólico y huraño,
Eres una promesa hecha rebozo y paño

Cuando, con Huayna-Cápac, primogénito y padre
Va por las calles tu alta figura de comadre...

Yo me emocionó, Tierra, cuando te canto chola
Cadenciosa y febril "de la crin a la cola";

Yo me emocionó, Tierra, cuando te canto hermana
De las mentas al sol y de la mejorana,

Del peolo y del molle, del geranio y el penco,
Dey chil-chil, la retama y el amancay mostrenco;

Y más que por tus calles de pulcro pavimento
Te encuentro, Cuenca auténtica, en el viejo cimianto

De tus panaderías con tus cholas de hogaza:
Tez de cema caliente: Concha... Miche... Tomasa...

Yo te hallo, Morlaquía, más que en parques y plazas
En el viejo romance de tus pálidas casas

Donde el mirlo del sol que canta en tus tejados
Cuelga al viento una jaula de gorjeos perlados:

En tu paz de cisterna, en tu silencio mío
Enhebrado en la fabla perenne de tu río.

Yo te encuentro, mi Tierra, con tu clara sonrisa
En las niñas que, al alba, desayunan la Misa;

Pero más que en todo esto te descubro, Señora,
En el negro tugurio donde el dolor demora:

En la boca del niño que no lacta tu seno
Pues, no obstante ser tuyo, no se por qué es ajeno;

Te descubro en el rictus de la mujer inerme
Que trenza con sus dedos el toquilla y no duerme...

Y, entonces, sofrenando el labio en la alabanza,
Acaso te odiaría, si no hubiera Esperanza!

Pero, es tal tu sonrisa que se queda al rescoldo
El dolor cuando, abuela, nos levantas el toldo

Y nos llamas en rueda de muchachos contritos
A contarnos el "Cuento de los Dos Farolitos".

Y es, entonces, medrosa, cómo vemos que brotan
De tus ojos de noche las "viudas" que trotan

Por las calles tortuosas de "Padrón" y "Secretas";
Y después nos acosan estantiguas coquetas

Y escuchamos al duende en "El Rollo" y "San Roque"
Y debajo las capas vemos brillos de estoque;

Y Encontramos gagones por la "Virgen del Río"
Y miramos al Diablo sobre un macho cabrío

Al rondar el "Batán" y al quebrar "Todosantos";
Y, al sentirnos poseídos de congojas y espantos,

Entre muecas convulsas, bajo el ala del pánico...
¡Nos despierta tu risa con su timbre oceánico!

Noble y Leal Santa Ana de los Ríos de Cuenca
—Virgen del Sol, vestida de Gitana Flamenca—

Por tus calles de Ayer pasan las crinolinas,
Los peluquines albos y las casacas finas:

Lame el viento nocturno capas de barragán
Erguidas sobre el fino zapato cordobán

Y, en la severidad de tus viejos salones,
Junto al Clave sonoro, hidalgos señorones

Trenzan largos minuetos, ondulantes y graves,
Mientras en los mitones caen los besos suaves

Y se brinda el rapé con hondas reverencias
Y andan los caballeros en solemnes agencias

De honor que ha de dar brillo la punta de la espada
Oculta tras la capa que, a filo de alborada,

Será el mudo testigo del singular combate
En que el herido honor juega el total rescate.

Santa Ana de los Ríos, Matrona que descansa
En un estrado —que orla con su Escudo y su Lanza

El Marqués de Cañete— entornando los ojos
Sobre el amplio descote, encendida en sonrojos;

Santa Ana de los Rios, tez de púdica Dueña,
Ojos de honda penumbra, mano suave y sedaña,

Timida flor de Antaño por quien teje ilusiones
El Oidor y el Alcalde y se enhebran canciones

Que en las rejas floridas desgranará las cuitas
Del Amor recatado perfumando las citas...

Santa Ana de los Rios, en tu apacible nombre
Surge el de Doña Inés, por mucho que te asombre:

Y deambula en tus graves penumbras monacales
—Junto a las madre selvas y a los viejos rosales—

La capa misteriosa de rojo terciopelo
Que ansiosa contemplaste levantándote el velo...

Santa Ana de los Rios, en las viejas consolas
Duerme un perfume antiguo de lirios y amapolas

Y en la heráldica sombra de tu Tiempo Pasado
Tienes fijos los ojos que el Siglo no ha entornado!

Y se abren, lentamente, las puertas colosales
Del Templo de tu Historia donde, en arcos torales,

El mágico Alarife de la Gloria ha esculpido
En su relieve eterno, el Eterno Sentido

De tu alto Pensamiento, de tu Psique exquisita
Que pervive en tu Sino y en tu Carne palpita.

Así, entre sombras tenues, con ática apostura,
Emerge —entre jardines— la cenecía figura

De Solano, guiando la grave Theoria
Por las encrucijadas de la Filosofía.

Y discurren por anchas sendas renacentistas
Varones que iluminan los Enciclopedistas:

Pio Bravo, el Platón del Jardín de Academias
Que repitió el socrático —“Sé que nada sabemos”.

Malo, dinamo y nervio de estructura acerada;
Cueva, pristina efigie de sapiencia acendrada.

Y Vos, Eterno Ausente, Federico Proaño,
Con la sutil dolencia de sentirs extraño;

Y Vos, procera sombra, tímida y formidable
de Vázquez, Monje Santo, sabiamente admirable;

Y Aguilar, el Filósofo de la sutil sonrisa,
Y Calle, el Domador que triunfa y electriza;

Y Vosotros, Cordero y Cuesta y Matovelle,
Y la gran "romeriada" de la vie nouvelle

Que en el tifón sonoro de su decadentismo
Quisiera colocar punto final de Abismo,

Mientras Don Juan de Tarfe se marchara a pasear
Su capa en las esferas de un paisaje lunar...

¡Oh, Sombras! Cual Deidad coronada de acanto,
Vuestra ciudad querida os quema incienso santo

En bepeteros de oro; y en pálidas juncieras
Os dedica el perfume de sus adormideras!

7

Morlaquía Solar, Fe, Latido, Agua y Fruta:
¡El adobo del siglo no te cambie de ruta!

Ciudad-Lumbre, ciudad que te das como un faro
Y en la Sed Interior eres cántaro claro;

Creo en ti y amo toda tu protéica figura,
Y es mi Fe cual tu cielo de perenne dulzura.

Morlaquía, tu Río de olas como delfines
Va escribiendo romanzas para húngaros violines

Y su voz —que es la voz de los viejos amautas—
Canta una aria imposible con imposibles flautas.

Te amo en aves y ríos, en el sol y en la sombra,
Y quisiera besar el labio que te nombra;

Te amo en tu oro y tu mármol y tu blanco toquilla,
Te amo en el pañolón, te amo en la bayetilla,

En el higo, en la costra, en el mote pelado,
En la chicha, en el cuy oledizo y dorado;

En "El Chorro", en la ronca vejez del Tumipamba,
En las lomas del Turi, en el Culca, en la pampa

Del Yanuncay que duerme crepúsculos de alcohol
Donde hay Mujer y Canto, Concertinas y Sol;

Te amo en la Cruz del Vado con su "gallopitina",
En tus dulces del Corpus, en tu criolla cocina,

En tus aguas de malva, cedrón y toronjil,
En tus longas que tienen sonrisa de Canguil...

¡Ah, tus longas criollas! Carne de motepata,
Labios flor de gullán, ojos de serenata...

Te amo, Tierra, en la franca risa del carnaval
Pueblerino que tiñe las polcas de percal,

Y en el Globo y el Cohete de tus Pases del Niño
Donde hay magos Criollos que se visten de arñiño

Y he de amarte en la nivea gorguera de Don Gil
Paseando Paucarbamba bajo un cielo de añil,

En tus fuertes Varones cual José de Lamar,
Y en tus hombres de Ogaño que no quiero nombrar;

Y, porque creo en Ti, te amo, Cuenca, en el son
De la breve guerrera del Niño Calderón.

Pero, aún más, Morlaquía, yo te amo en el Futuro;
Y así quiero tenderte, como un grito en lo oscuro,

Con mi Verso que tiene de tu Barro y tu Cal,
Sobre el Río del Tiempo un puente de Cristal!

CARLOS AGUILAR VAZQUEZ

CUENCA

I

Para el rudo trabajo, campesina;
de España y de sus glorias, heredera;
tienen tus prados, tu vergel, tu mina
un no sé qué de canto y de bandera.

El sol de tu cultura no declina
y hasta la Gloria misma, se dijera,
que de tus campos para ser vecina
fue de tus fundadores la primera.

Tus ríos en el llano y el bosque
a la vez que poetas son obreros,
¡Señora de la lira y el paisaje!

Para asombro del Ande, eternamente,
contemplarán los siglos venideros
al porvenir naciendo de tu frente.

II

Princesa de las flores y los ríos,
Cuenca, ciudad de América Latina,
en la guerra feraz de sus sembríos
sus combates homéricos termina.

Y para mayor lustre de su historia,
con la áurea espiga del trigal maduro
firma el pacto supremo con la gloria
de las luchas gigantes del futuro.

El porvenir con su grandeza abraza
y late de tal modo en sus dolores
el alma grande de criolla raza,

que parecen nacer en sus praderas
los hombres para ser conquistadores,
las selvas y el jardín, para banderas.

REMIGIO TAMARIZ CRESPO

EL CAPULI

Arbol soberano de la tierra mia,
pródiga en tristezas, cantos y hermosura;
a la que empenachas con tu fronda umbria;
para la que acendras carmineas dulzuras,
en las tierras hondas y en los peñascales,
junto a los vallados, junto a las cabañas,
tus fuertes raíces, con ansias filiales,
hundes de la azuaya tierra en las entrañas.
Y aunque a veces te hace brotar en eriales
y encuentras sus senos duros y vacíos,
¡siempre airoso medras, siempre le regalas
bellos atavíos,
preciados tributos:
de tu verde palio la sombra y las galas,
tus candidas flores y tus rojos frutos!

Tal el fiel cariño, tal la honda ternura
que la Sierra a su hijo desvalido inspira,
aunque a sus afanes sea ingrata y dura,
aunque odios y olvidos maten sus anhelos
y agoten sus campos sequias y hielos:
¡él, por ella, canta, combate y delira;
ama sus baldíos y sus turbios cielos,
y, cual tu raigambre que al suelo se aferra,

su amor y su vida préndense a la tierra
donde vive misero y olvidado expira,
si pobre de glorias, rico de virtudes,
si mendigo de oro, dueño de la lira!

Al llegar noviembre, mes de la frescura,
florido de rosas y de evocaciones;
cuando los azuayos pechos son laúdes
y todas las voces aladas canciones;
cuando son los campos lagos de verdura:
¡Arbol arrogante, la fronda sacudes
cual airón del valle, del risco y la falda,
y roba los ojos tu viva esmeralda,
mientras dan tus frutos un perfume extraño,
como si viniese de un bosque de antaño!

Heráldico símbolo de la fe nativa
que resiste embates y florece Arriba,
se yergue tu tronco vertical y duro,
blanquecino a trechos, a trechos oscuro,
lleno de profundas, raras cicatrices,
como jeroglíficos de ignota leyenda,
¡quizá la de la inclita Raza primitiva
que hoy gime en las altas soledades grises
y de Guapdondeleg fue sultana altiva,
en la paz dichosa, brava en la contienda,
y a la que nutrieron tus frutos lozanos
y tal vez le dieron arcos tus raíces
y tus recios brazos lanzas y macanas!

Mas, ¡cuán presto adviertes que tu fortaleza
y tu misión, pródiga en dones gentiles
ostentar no deben galas femeniles,
flores que codicia la fugaz belleza!
Y arrojas altivo las niveas guirnaldas
y luces profusos gajos de esmeraldas
que se ven apenas por recién nacidas,
y en las que la magia que tu tronco encierra

—¡tu tronco nutrido de sal y amargura,
por rudas arterias en el suelo hundidas!—
lentamente acopia toda la dulzura
de los maternales senos de la tierra.

Y cuando en los valles del Azuay resuena
de los villancicos la loca armonía,
en el Mes divino de la Noche Buena,
de tus verdes frutos en la lozania
pone el Sol esmaltes de tímida grana,
y acuden las aves en motín canoro
y a la bulliciosa niñez aldeana
roban las primicias del nuevo tesoro.

Y después, te inspira piedad la indigencia
de los labradores de la serranía
que, en febrero, encuentran la troje vacía,
¡y qué rebosante la de tu opulencia!
¡Cómo tus ramajes tienen agobiados;
cómo los purpuran,
en regios caireles, frutos sazonados!

Mas no en breve tiempo ni juntos maduran,
porque su abundancia los malograria
y porque la augusta clemencia ha querido
que sean tus frutos para el desvalido
pan de cada día,
como el maná lo era del Pueblo elegido.

Hay en los racimos que exornan tus ramas
policromas gamas,
cual la sangre viva, son algunos rojos,
otros tienen suaves tintes de sonrojos;
los más abundantes, negros y lucientes,
parecen racimos de ojos de agarenas,
y los más preciados, glaucos, transparentes,
semejan pupilas de huris y sirenas.

Y son, asimismo, variados de sabores:
agridulces unos, y otros ¡qué dulzura!,
ni faltan aquellos que, cual los amores,
ponen en su néctar dejos de amargura...

¡Arbol opulento, tu vendimia diaria
qué apacibles júbilos, qué eglógicas fiestas
suscita en la triste soledad agraria
y en la paz de alcores, valles y florestas!

Vienen los recuerdos de la fiesta hermosa
que a sus dioses la Hélade feliz consagraba,
cuando de simbólicos pámpanos ceñía
la frente gloriosa

y, al son de los crótalos, rítmica, danzaba
sobre el terciopelo de la pradería,
mientras los rituales himnos placenteros
entonaba el Coro

a Baco y Cibeles, a Deméter y Eros,
cuya omnipotencia jovial prodigaba:
las vides que alegran la humana tristeza,
la nieve nutricia de las mieses de oro,
la miel de los rojos frutos tempraneros
y la tentadora flor de la Belleza.

¡Qué explosión de trinos
revienta en los aires y a gozar invita
de los relucientes gajos nectarinos
que dan a las aves regalada cita,
y, cual si su rubia miel las embriagara,
cantan y revuelan en feliz locura!
El mirlo, hasta entonces, mudo en la llanura
que ignotos insectos sólo le brindara,
cobra voz y bríos y rompe en cantares
desde lo más alto de la fronda oscura,
como si al trinante pueblo le invitara
para que desgrane los rojos collares
que ciñen del Arbol la glauca hermosura.

Arbol generoso,
para vendimiarte, ¡con qué íntimo gozo
dejan los labriegos chozas y cortijos!
Y en prados, cañadas, rutas y parcelas
doquier, a los tristes brinda regocijos
el fácil sustento que tú les regalas;
por eso, a tu sombra, las cabañas celas
y los labradores son como tus hijos.

Y luego, en contraste vivo con tus galas,
se ven faldellines de tantos colores
que fingen un iris roto entre verdores,
¡y quedas florido de hermosas zagalas!

Y también los amos dejan la alquería
y van jubilosos,
cual en romería,
al árbol dilecto, tradicionalmente,
—aquel de los frutos grandes y jugosos—,
al que suben rápidos los garridos mozos,
y el regalo aguardan doncellas y ancianos
y de los rapaces la turba impaciente
que hacía la enramada miran fijamente,
risueños los rostros, alzadas las manos,
como si implorasen el maná del cielo.

Y viene la ansiada lluvia de racimos
que, al caer, desgranan, matizando el suelo,
los frutos opimos,
o alguno sacude la inasible rama
hasta que rubies alfombran la grama.

¡Y son, Arbol pródigo, tus mejores frutos,
de ingenuos amores, humildes tributos:
los donceles, dueños del tesoro, escogen
ramos de granates y hojas de esmeralda
y los echan a Ellas que, ágiles, los cogen
en las blancas manos o en la nivea falda!



y Ellas aunque hermosas, son agradecidas
y ufanas sonríen, viendo a los donceles,
¡y en las bocas rojas, con los frutos rojos,
se juntan corolas, perlas y claveles!

¡Oh! gemas de néctar y púrpura henchidas,
¿sois quizá más dulces que las bocas bellas?
¿sois tal vez más rojas que las bocas puras?
—¡Bien lo saben Ellos, azuayos donceles;
ellos, que os encienden en castos sonrojos;
ellos, cuyo cielo guardan vuestros ojos...
y han gustado de ambas mágicas dulzuras!...

Arbol soberano, del anual enjambre
que halla en tus vendimias mieles y venturas,
¡cuántos corazones ves ilusionados!
¡cuántos corazones miras enlazados
con vínculos fuertes como tu raigambre
y la Fe divina y el deber austero,
dioses tutelares
del amor que enciende fuego duradero
en púdicas almas y santos hogares!

La caterva alegre que fuga del aula,
rompiendo la jaula
de la dulce escuela y el feliz colegio,
cruza los plantíos y salta el vallado,
cual si le diera alas el cruel sortilegio
con que atrae el fruto de ajeno cercado...
Estallan arriba carcajadas locas;
el frondal esquilman manos atrevidas,
y, en los purpurinos néctares teñidas,
semejan las bocas
mortales heridas!

Arbol que bordeas todos los caminos,
curvando la fronda rebosante en granos
de los peregrinos,

¡ni olvidarle puedes —¡tal es tu clemencia!—
de greyes y chozas al guardián hambriento
que, cabe tu tronco, vaga macilento,
porque, con instinto previsor, bien sabe
que le ha reservado tu munificencia
los más dulces frutos, que desgrana el viento
y los que se esquivan del hombre y del ave!

Y, al fin, la codicia tus frutos agota,
y el follaje inclinas, lacio y desvahido,
acaso sintiendo lo cruel del olvido
y el dolor sin culpa de la rama rota
que, en lenta agonía, se va amarillando...
¡y, al ver la acre savia que su herida brota,
ni sé si bendices o execras llorando,
tu piedad fecunda para el bien ajeno
y la estéril gloria de sentirte bueno!...

Entonces, ya nadie te busca ni te ama,
porque nada puedes ofrendar al hombre,
a no ser alguna moribunda rama
que consume el fuego de hogares sin nombre...
Y llegan los meses del azuayo estío,
ardiente en los días y en las noches frío,
y te cubres de hojas
doradas y rojas

que a los yermos campos vuelan desprendidas...
¡Tal vez porque jugos no te da la tierra,
con ansia famélica, subsistes, nutrido
del oro que esconde nuestra avara sierra
y de tanta sangre que en ella han vertido
fieras ambiciosas y odios fraticidas!...

Y ni tu reciente, gozada opulencia,
ni las esperanzas de tus nuevos dones
infunden clemencia
de tus crueles dueños en los corazones.
¡Qué innumeradas veces responden los ecos

de las rudas hachas a los golpes secos
que rompen tu carne perfumada y dura,
y gritas y ruges, cuando te despiomas
 en la tierra ingrata,
 junto al que te mata,
el mismo a quien diste protección y hartura!...
¡Y, aun muerto, retienes, cual flor de ternura,
el caliente nido de agrestes palomas!

Mas eres, entonces, síntesis y emblema
de la virtud pródiga: la virtud suprema
que, si nada puede dar por desvalida,
lofrenda como última limosna... la vida!

Después, tu ramaje destroza el hachero
y, en tortura rítmica, tu cuerpo dividen
 los aserraderos
que la lluvia de oro que el dentado acero
saca a tus heridas, en la faz reciben.

Y aun así, vencido, roto y mutilado,
tienes, cual los mártires, póstumias clemencias:
tus ramas avivan del hogar las lumbres,
y del tronco labran: el yugo, el arado,
la Cruz, que es el índice de las eminencias,
el rústico tálamo de tristes amores,
los toscos pilares que alzan las techumbres
que ocultan recónditos goces y dolores...
O bien, curvos hierros taládrante el pecho
y, sobre el abismo que forma el repecho,
te atraviesa el agua tibia y cantarina
que viste los yermos de mieses y flores...

 ¡Y al que te asesina
aún le das las tablas del último lecho!

Arbol soberano, ¡cómo no cantarte
sí de las campiñas en la muelle alfombra
he soñado tantas veces a tu sombra!

¡Y, en las alas de oro del paciente anhelo,
vislumbré los reinos floridos del arte
y de la esperanza remontéme al cielo
en mi ya lejana, fugaz primavera,
la tarde en que, tímido, mi amor fue a buscarte
y tuve a tu sombra la cita primera!...

 ¡Y no he de quererte,
cuando es una misma nuestra obscura suerte;
porque mis cuitadas trovas serraniegas,
como tú, no salvan el linde florido
de la dulce tierra donde hemos nacido
entre azules montes y escondidas vegas
y en la que tenemos profundas raíces
que arranca la muerte, jamás el olvido!

Porque nos infunden amor y ternura:
tu infausto destino, tu misma tristeza,
tu gloria sin culto, tu ignota hermosura,
tus yermas planicies, tus páramos grises,
tus brumosos cielos, tus hostiles soles,
¡Tierra, que nos sirves de cuna y de huesa,
cual sirven las conchas a los caracoles!

Gloria de mis campos, Arbol bendecido,
no veré a tu sombra mi soñado nido,
y quizá me inspiras el postrero canto...
Perdido entre tumbas, estoy en espera
del aleve dardo que el destino lanza
cuando se ha extinguido la fuente de llanto
y en el horizonte la tiniebla impera
y se está muriendo la última esperanza...

Que vele mi eterno sueño tu hermosura;
que me den tus frondas su grata frescura,
y si tus raíces van al fondo arcano
de la tumba en que halle mi final asilo,
¡sentiré caricias de fraterna mano
y a tu amada sombra dormiré tranquilo!

JOSE MARIA ASTUDILLO ORTEGA

AL REDEDOR DE CUENCA

En abrazo angustioso, las montañas
en derredor de Cuenca se han reunido,
como si fueran viejas ermitañas,
de sayal por el tiempo desteñado.

El secular harapo de verdura
se escarmena, cubriéndolas a trechos,
y ellas reclaman vestes a la altura
para cubrir sus despojados pechos.

Hacia la cordillera, la neblina,
desde el confín del cielo, se desgaja
y va de una colina a otra colina,
hasta perderse en la bravia paja.

Allí, relincha el potro, entre rocines,
con su inquieto piafar espacios puebla;
enarca la cerviz, crisper las crines,
y encima cae, cual telón, la niebla.

Cuchichean las tórtolas silvanas,
dando vida al misterio del barranco;
se avergüenzan al ver las caravanas
y rasgan de la nube el lienzo blanco.

Abajo, en la encañada, se recuesta,
rumiando, el buey, en la llanura escasa;
la hembra le lame con amor la testa
y cual velo nupcial, la niebla pasa.

Y graníticas momias del pasado,
de indígenas juglares de leyenda,
se retuercen los Andes: no han labrado
allí los siglos, al pasar, su senda.

Para mirar a Cuenca, en muchedumbre,
unos sobre otros se alzan hasta el cielo;
y se encarama el sol sobre esa cumbre,
que abroquelan pirámides de hielo.

En el mutismo nocturnal, tranquilo
se ve flamear el cerro: Es un tesoro—
exclama el indio, y guarda su sigilo:
—“lo que allí quema es un entierro de oro!”

En peñascales áridos y escuetos
ven brillar los labriegos su fortuna...
¡Y no son sino rancios esqueletos
de los hijos del Sol y de la Luna!

Mas la incásica tribu en paz reposa
dentro el sudario de aborigen grama;
bajo cada peñón hay una fosa
y sobre cada fosa, la retama.

Pero, guarda en su seno otra excelencia
esa ubérrima núbil —la montaña—:
para Atahuallpa ella pidió indulgencia
vertiendo llanto de oro ante la España!

*
* * *

Surge la caña de apolínea tierra,
y cubre el techo de mansión umbria;
con ella el indio su cabaña cierra,
y hace el rabel su agreste sinfonia.

Al rededor de Cuenca el labio calla
y un impulso de amor el alma quema:
ante la inmensidad, la lira estalla
y en humo de oración muere el poema!

JOSE ROMERO Y CORDERO

A CUENCA

Seda que no se arruga, cristal que no se empaña
suena a verso mi tierra y es como un corazón
la forma que le diera —por ser la forma extraña—
don Gil Ramírez Dávalos que la minió de España
en barro de la tierra de Cristóbal Colón.

La azulidad hirviente, como mar de belleza,
la azulidad sonora de un cielo sin igual;
por natural capricho de la naturaleza,
es la azulidad clara ante quien canta y reza
la cristiana belleza de mi tierra natal.

Esta tierra pequeña como un cuenco de rosa,
silenciosa como agua que se pone a soñar;
y a pesar de su vida tranquila y silenciosa,
liricamente inquieta como la mariposa
que nació con la dulce vocación de volar. . .

Esta tierra, la tierra de las mil maravillas,
ostenta muchas veces su abolengo español,
y cuando canta y cuando se pone de rodillas
canta y reza por ella la alba donde rencillas
tuvieron Carlos Quinto y nuestro padre Sol!

Esta tierra, la tierra de toda primavera,
la tierra donde es todo armonioso y azul,
soporta herencia de áureo color en la bandera:
herencia de creencia, de amores, de quimera,
de lenguaje, de espíritu, de sangre y de laúd...!

ALFONSO ESTRELLA MARCHAN

ALFONSO ESTRELLA MARCHAN

MEDALLONES AZUAYOS

HUAYNACAPAC

¡Salve engendro del Sol! Tu sangre ardiente
incendia en tus pupilas arboles
del color de la borla de tu frente,
del color de la sangre de los soles.

En tu pecho palpita prepotente
el Genio de las selvas y las moles
del gran Tahuantinsuyo, y en tu mente
florecen, como estrellas, Girasoles.

En ti el polen del sol es más fecundo,
en ti el sol de los soles es cuencano;
por eso Tomebamba es tan jocundo.

Tu sangre y la del Cid, milagro humano,
al descorrerse el velo del Arcano
forjaron la mejor raza del mundo.

GASPAR SANGURIMA (EL LLUQUI)

Sin libros, sin maestros, sin escuela,
es Genio sin rival este hombre raro;
él solo sabe que su mente es faro
y todo lo que es bello le revela.

Si en lo que dice libro es un ignaro,
en el arte es un Mago que modela,
que vacía, que pinta, que cincela,
esculpe, forja; y todo sin reparo.

A este Lluqui de talla tan oscura
le estuvo dado compartir la gloria
en que Bolívar, como un SOL fulgura:

Los CLARINES que anuncian la victoria
final de nuestra esclavitud pretoria
son obra de este Dios en Miniatura.

SOLANO

En celda humilde que escasez pregona,
arrastrando sayal de tosca lana,
un hombre que al ruido
efimero del mundo niega el paso,
un viejo infolio abierto en el regazo,
yace en profundo meditar sumido.

Es SOLANO!, ese SOL preso en el suelo!
Amando a Dios, es de virtud modelo,
amando al hombre, es un fanal de lumbre.
El polvo no le cubre con su alfombra,
no le envuelve la noche con su sombra:
es perenne la luz en esa Cumbre!

Toda la ciencia de su tiempo brilla
en su cabeza, cuyo alcance orilla
los más hondos problemas, y es su pecho
el albergue de todas las virtudes:
pensar y orar, las dos excelsitudes
que al cielo de la fama dan derecho.

Su nombre humilde, puesto que su cuna
el soplo no meció de la fortuna;
a pesar suyo traspasó los mares,

salvó los montes, pregonó victoria,
y, allá, en el Firmamento de la Gloria,
preside a los restantes Luminares.

Oh, Cuenca, madre de preclaros hombres,
cuyos soberbios nombres
son los astros que ciñen tu alba frente,
si de ellos satisfecha y orgullosa
sentirte debes ante la gloriosa
figura de este Sol de eterno Oriente.

Te reveló su brillo a las naciones,
como a Roma los Marios y Escipiones;
él a ser Reina del Saber te eleva;
él solo, en su humildad y mansedumbre,
de todas tus grandezas la áurea lumbre,
como único astro, condensada lleva!

JOSE PERALTA

Terrible Gladiador, siempre está en reto!
si lucha y vence, no perdona: mata,
si le dan tregua, en su furor inquieto,
a nuevos adversarios desbarata.

Su arsenal de armas finas es repleto,
por eso nada teme que le abata.
Para el combate no en remanso escueto
se abreva: él busca nueva catarata.

En su fiero luchar la idea es sana,
la Gran Idea de la lucha santa:
los fueros de la dignidad humana.

No es un Marat que baba inmunda mana;
si en su furia grandioso se levanta,
con Desmoulins, la Marsellesa canta.

MIGUEL LEON

¡Qué loco tan sublime es este LOCO!
su púrpura raída es un remedo
no más de púrpura; luce en su dedo
una amatista que no lo es tampoco.

Su manicomio lleno está de hambreados,
de niños que tiritan y sin madre;
porque no hay seres que el dolor taladre
que no vayan ante él a ser curados.

Como el Rabí, con látigo fustiga
a mercaderes de la Fe en el Templo;
por eso como a loco se le intriga.

Y, ahí está su Locura para ejemplo:
ese enorme LEON de arquitectura,
digno de Dios, de Cuenca y su Locura!

MANUEL J. CALLE

Entre penumbras de un candil que muere
y pobre estancia apenas ilumina,
tal vez falto de pan, débil se inclina
ante el Libro, el juguete que prefiere.

Este niño tenaz tan sólo quiere
ser roble, ser acero, ser encina,
ser huracán y rayo que fulmina,
saberlo todo, si posible fuere.

Y surge el Adalid, nuevo Quijote
que quiere ver en todos semejantes:
noble y plebeyo, al sabio como al zote.

No hay dardo que en su escudo no se embote;
porque lucha por ver siempre triunfantes
a su patria y la lengua de Cervantes.

MIGUEL MORENO

¿Qué hálito divinal alegra el suelo
Tomebambino, con claror de aurora
cual nunca despuntó más bello otrora,
y todo, y todo es resplandor de cielo?

¿Qué Hada sutil se tiende como un velo
nupcial sobre ese campo que atesora
los encantos de novia seductora
que a su amado le espera con anhelo?

¿Por qué las aves dan más ritmo al trino?
¿por qué el rosal tiene aire cortesano
y el río es más parlero y más galano?

Porque ese día el Hacedor Divino,
con este Bardo Loco y Peregrino,
le pone una Alma al CORAZON Cuencano.

HONORATO VAZQUEZ

Y dijo Dios: "Algo muy bueno falta
al nativo solar de los azuayos".
Este mandato encarna un haz de rayos
que, en la forma de un niño, a Cuenca esmalta.

Nada detiene su misión tan alta;
pues paga al cielo enviándole en sus Mayos
a la Madre de Dios cantares gayos,
y al Ecuador hacia la Gloria exalta.

En su mente un ideal siempre está fijo:
vencer al INVASOR en su patraña
de comprar ante un rey lo que prolijo

trazara el Cumanés en la Montaña.
Y venció al Rey que, al abrazarle dijo:
"AUGUSTA MAJESTAD DE ESA OTRA ESPAÑA".

LUIS CORDERO

Vástago noble de un solar decoro,
yergue su talla de gigante encina
para que el sol que hacia el cenit camina
de su Pompa de Luz le haga Tesoro.

Por eso es que su savia, en un sonoro
florece de laureles, vaticina
ser el primero a quien Minerva Andina
le de para su sien CORONA DE ORO.

De esa encina de gloria florecida
hizo Apolo el edén de sus amores
y dió a las Musas su Thulé querida,

y esa Fronda de Eternos Resplandores
es un Santuario do labró el Lirida
UN NIDO PERENNAL DE RUISEÑORES.

JOSE MIGUEL MOROCHO

A barro tan oscuro una magnolia
de fibras de cristal y de arreboles
le dió como Alma el Dios que hizo los soles,
y en vez de corazón, una ARPA EOLIA.

Si en mística plegaria sube al cielo
su música, los Angeles, en coro,
ante el Trono de Dios, en cuerdas de oro,
parodian esa música del suelo.

Immensa es la ELEGIA en la que gime,
en lágrimas de fe y amor deshecho,
por el Dios que en el Gólgota redime:

su STABAT-MATER-DOLOROSA es grito
que un octavo puñal clava en el pecho
de la Madre de Dios: ¡Puñal Bendito!

REMIGIO CRESPO TORAL

(APOTEOSIS EN SU MUERTE)

De América las Cumbres visten duelo!,
ya el Aguila que fue su confidente
abre las alas, y, en supremo vuelo,
de su noche triunfal rasga el relente,

Y vuela, cada vez más refulgente
hacia la Inmensidad, a flor de cielo,
para que pose su pupila ardiente
en la de Dios que fue su eterno anhelo.

Miradle!, desde allá su realeza
sobre la Patria expande resplandores:
los Laureles que ciñen su cabeza.

Y, en tanto el Coro Triunfal empieza
de Homero y Dante, ancianos ruisenores,
Apolo le corona con sus flores!

JULIO MATOVELLE

Contemplad una mole de granito
inaccesible aún a la mirada,
su cúspide que hiende lo infinito
nos dice de que abajo todo es nada...

Pues bien, como en titánica olimpiada
si rinde al vencedor, en sólo un grito,
todo el espasmo que reclama el rito
del triunfo final de la jornada;

así en redor de esa montaña inmensa
un solo aplauso sube desde el suelo
al Ungido de Dios que en Dios se intensa;

porque ha hollado esa cumbre y rasga el velo
de la Fe Apocalíptica en que piensa:
¡es MATOVELLE despejando el Cielo!

JULIO MARQUEZ

Continúa el libro de la serie
de los libros de la serie de los libros
de los libros de la serie de los libros

Este libro es el primero de la serie
de los libros de la serie de los libros
de los libros de la serie de los libros

Este libro es el primero de la serie
de los libros de la serie de los libros
de los libros de la serie de los libros

Este libro es el primero de la serie
de los libros de la serie de los libros
de los libros de la serie de los libros

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

ACUARELAS CUENCANAS

EL COLIBRI

Plumaje de la luz, alma del sueño,
bajel para el suspiro amanecido.
El mismo cáliz de la flor no es nido
para la miniatura de tu empeño.

Gota de miel nacida para el vuelo,
metáfora sencilla del poeta,
sonrisa de ángel, nubecilla inquieta,
verso que un niño pronunció en el cielo.

Pescador de la luz y de la brisa,
arquitecto gentil de la sonrisa,
romancero del agua y los cristales.

Marinero en el cielo perfumado,
desde el extremo del azul llegado
hacia la vecindad de los panales.

LA CHOLA

Bajo el claro sombrero la noche de su pelo,
y los ojos, estrellas en trance de volar.
Sus labios amapolas llegadas desde el cielo,
cárcel menuda y frágil del arte de besar.

Enamorada ingenua de todos los colores,
pañó de pajarillos, pollera ebria de sol,
es un jardín viviente que actualiza las flores
y una estampa hecha de agua y esencia de arrebol.

Hermana muy graciosa del anís y la menta,
la Provincia perfecta en sus ojos nos cuenta,
y en su donaire lleva destinos mañaneros.

Su lindo paso leve de desnuda gaviota,
con pie que de la luna se formó gota a gota,
es preludeo en el canto gentil de los jilgueros.

EL CAPULI

Pequeñito tesoro de dulzura,
labio pulcro del árbol más Quijote,
apenas contagiado de la altura
por la primicia leve del chirote.

Pupila intensa del mirar de Enero,
sencilla invitación a las guitarras.
Copa infantil, menudo mensajero
para el versificar de las cigarras.

Tu generosidad todo lo llena:
el hambre del viajero y la serena
mansedumbre del perro campesino.

Y como si esto pareciera poco,
en gesto muy de sabio y muy de loco,
te entregas hasta al polvo del camino.

LA CAMPANULA

Colegiala de mansas crenchas blondas,
con sueño de suspiro y novio ausente,
amanecida con ojeras hondas
por el pálido beso del relente.

Cuando el viento, padrino de cometas,
su traje agita, de delicias lilas,
hay sonrisas de lirios y violetas
y la brisa le besa las pupilas.

Los ángeles repican sus llamadas
para el ángelus leve de las hadas
en el trigal que luce sol sencillo.

Le sueña la llamita del jilguero,
le presiente el ensueño del lucero
y le llama el perfume del tomillo.

EL RONDADOR

Cañabrava hecha llanto y armonía,
llevada de la orilla a los rincones
de la choza en que mueren los fogones
y hay dolor de tiniebla en pleno día.

Cuando la noche cita a los dolores,
el indio busca lo que no se nombra,
y al rondador le llueve, en plena sombra,
llanto de estrellas y de ruiseñores.

Y el pálido instrumento campesino
aprende lo insondable del destino
y un gemido que ignora todo nombre.

Por eso, cuando va por los poblados,
destroza corazones destrozados
y llama a Dios cuando no le oye el hombre.

LA RETAMA

Pálido corazón de los caminos
de puro amar hermano de las flores,
mínima casa para los amores
que tejen los Domingos campesinos.

Cometa leve para el viento niño,
miniatura de sol, beso sin nido,
alma de ruiñeñor recién nacido,
terciopelo de luz para el cariño.

Te das en plena pascua de fragancia,
enamoras en verso a la distancia,
semáforo de abejas y palomas.

Y te cuidan el alma del ensueño
tus tallos en ejército pequeño
presentando sus armas a las lomas.

LA CATEDRAL

Gigante taladrando el infinito,
Tratado de perfecta Teología,
arquitectura en reto al mismo día,
ángel con voz cuajada en el granito.

Miguel Angel de paso hacia el abismo
enseñó a tus artifices la historia
del mármol que derrota la memoria
y el verso desmandado en cataclismo.

El sol pinta tus mármoles perfectos
mandando amanecer los arquitectos
del Obispo que tuvo el magno sueño.

Y en la noche que de astros te reviste,
Profeta extraño y sabiamente triste,
sientes el cielo para ti pequeño.

LA CIGARRA

Juguete de cristal, hebra de brisa,
mimetismo cordial de la esperanza,
delgada nube que a encontrar alcanza
el azúcar gentil de la sonrisa.

Aserrando el perfume de la tarde
con tu lengua de menta musicada,
vas dejando la altura perfumada
con el panal de miel que en la voz te arde.

Bohemia enamorada del ensueño
de crear lo perfecto en lo pequeño,
hoja viajera, leve flor del viento.

La helada te sorprende en la mañana,
marchitando tu plácida campana,
mientras llora de luz el firmamento.



EL TOMBAMBA

Hermano de la menta y la alborada,
río cantor, poeta y descuidado,
el rapsoda de Asis te había soñado
en el romance azul de su mirada.

Arquitecto fugaz de clara espuma,
soñador infantil, delgado espejo,
cielo volcado, cándido azulejo,
serenatero tenue de la luna.

Las mujeres te quieren por galante
y los hombres te envidian por amante,
Don Juan de las miradas más serenas.

En la tarde con cielos de alquería,
te visitan los ángeles en teoría
nacida de las mansas hierbabuenas.

LA CRUZ DEL SUR

Crucificada flor hacia la altura,
lágrima luminosa de distancia,
asombrosa intuición de la fragancia
y purificación de toda albura.

Tu vigilia es mandato de la sombra
sobre esta Cuenca nuestra soñadora.
La pupila te sueña pensadora
y la voz se perfuma si te nombra.

Diosa del cielo triste de presagios,
salvadora apacible de naufragios
en el hondo silencio de la ausencia.

Por cada novia que robó la vida,
por cada beso que se vuelve herida,
tu caricia se vuelve transparencia.